

AVENTURAS DE MOCHILA

Episodio 4

“El beso del asesino”

Connie y Roman siguieron de cerca a su amigo y vecino del barrio, Roberto, mientras los conducía a través de los amplios pasillos llenos con trabajadores de la construcción y diseñadores del museo. Todo el mundo parecía estar trabajando entusiasmadamente para terminar el nuevo edificio que pronto sería casa de la primera y más completa colección de figuras precolombinas traídas de México, centroamérica, y sudamérica.

“Solo dos paradas más de esta corta visita y habremos terminado,” gritó Roberto entre el ruido de las sierras y el golpeteo de los martillos. Él cautelosamente pasó sobre un montón de tablas y entró a un salon espacioso lleno con estantes de libros que iban desde el piso hasta el techo. Su cabello rubio estaba cubierto de un tenue polvo proveniente de los pasillos.

“¿Es ésta una biblioteca?” preguntó Connie. Sus ojos color café miraron fila por fila los vacíos estantes. “¡Podría guardar muchos libros!”

“No, este es nuestro salón de catálogo de especímenes. Aquí es donde usamos carbono 14 y otros métodos para determinar la edad de las antigüedades antes de exhibirlas,” respondió Roberto. “Aquí también podemos catalogarlas y anotar más detalles. Este cuarto también tiene capacidad de alojar muchas cosas a la vez, dándonos tiempo para hacer una minuciosa investigación y comparaciones. Estoy emocionado de empezar a trabajar aquí mientras hago mi tesis. Pocos antropólogos tienen la oportunidad de ayudar a abrir un nuevo museo. Vamos, el ultimo cuarto que quiero mostrarles es mi oficina.”

Roberto los guió a través de las puertas del pasillo hacia la parte trasera del salón a una pequeña oficina que todavía olía a madera y pintura nueva. La alta ventana estaba abierta para dejar entrar el aire y salir los olores. “¡Mi oficina está en la parte trasera del edificio pero está cerca de la acción!” alardeó Roberto señalando una puerta parcialmente abierta que conducía a un cuarto oscuro. “Este corredor conduce hacia el estudio privado del nuevo curador, Malcolm Despry. Él me escogió para ir a Perú para personalmente vigilar el transporte de los últimos descubrimientos del proyecto Excavación de Paloma hacia el museo.”

“¿Qué es la Excavación de Paloma?” Preguntó Roman cambiando su mochila de un hombro hacia el otro. Roman y su hermana habían corrido directo de la escuela para encontrarse con Roberto y hacer una rápida visita al museo antes que él viajara al Perú. La mochila de Roman pesaba mucho debido a los libros y el BPC, una computadora que él había inventado que permitía la comunicación (y mucho más) entre seis amigos.

“Una excavación es una investigación arqueológica que está bajo estudio. Paloma es el pueblo habitado más antiguo del que se tenga conocimiento. El pueblo tiene más de 7,700 años de antigüedad. Este es un descubrimiento asombroso!” La cara de Roberto estaba emocionada mientras él les contaba acerca del pueblo costero en Perú no muy lejos de Lima. “Varios de los más reconocidos arqueólogos en el mundo están trabajando allá ahora mismo.”

“Sí, y ellos están ansiosamente esperando su llegada, Señor Baker.” Los tres saltaron simultáneamente cuando una voz aguda y tensa penetró en la pequeña oficina como una flecha desde el oscuro estudio. Un hombre alto y delgado movió la puerta abierta como si estuviera todavía con pintura fresca. Sus oscuros y fríos ojos miraron con un claro desdén a los dos adolescentes que estaban visitando a su empleado. Un delgado bigote arriba de unos pálidos

labios parecía una oscura cuchillada a través de su rígida cara. No había ni una señal de placer en su rostro.

“Señor Despry, no sabía que estuviera aquí,” murmuró Roberto.

“Claro que no. Es contra la política del museo permitir visitantes a esta hora.”

“Pero estos son niños que he conocido por 10 años. Ellos son mis vecinos. Querían ver el lugar antes de que yo fuera al Perú.”

“Poco relevante. He tenido un taxi esperándole 20 minutos para conducirlo al aeropuerto. Por favor, apúrese y muestre la salida a estas personas. Estaré ansioso de saber de usted cuando llegue al Perú. Su viaje es muy importante y serio, muestre mejor criterio del mostrado aquí hoy.” Y con esto el señor Despry dio la vuelta y desapareció en el oscuro cuarto.

Connie miró a Roman y sacudió sus hombros, cambiando su propia mochila mientras ellos caminaban en silencio. Ella no podía dejar de pensar si algo extraño había con el señor Despry. ¿Él fue solo grosero? O había algo más?

Ellos le dieron el adiós a Roberto mientras el taxi aceleraba con rumbo al aeropuerto. El presentimiento de Connie regresó de nuevo mientras ella miraba a su amigo desaparecer en el tráfico.

“¿Quieres tomar un atajo de regreso a casa?” Roman preguntó a su hermana.

“Claro, lo que sea más rápido. Este BPC parece más pesado que normal hoy.” Ella movió su mochila de nuevo, incapaz de hacerla pesar menos.

“Podemos pasar por el callejón detrás del museo.”

Ellos doblaron la esquina y entraron al oscuro callejón, sus pisadas quedaban grabadas por el serrín que se había acumulado de los estantes y los letreros de edificio. Mientras ellos

caminaban en silencio, escucharon una voz aguda a través de una ventana abierta en lo alto del edificio. Mirándose los dos, ellos pararon a escuchar. “Despry,” dijo Roman en voz baja.

“Puedo afirmarle, estamos moviéndonos lo más rápido posible para asegurar las cosas que usted solicitó en nuestra última reunión. Estoy seguro que las piezas ahora en proceso de excavación harán que las vasijas de alfarería que ahora posee parezcan recién hechas. Se puede decir que son tan antiguas como una vasija hecha 200 AC. Incluso el artefacto Ataura que según los estudios fue hecho en 800 AC es moderno comparado con estos fragmentos encontrados en Paloma.” Él hizo una pausa y luego continuó. “Sí, fue una pena que algunas de las piezas del proyecto Ataura no pudieran haber sido puestas en su colección personal antes que fueran inventariadas en el museo de Lima. Podría haber usado esa fortuna que usted ofreció. Pero aquí no cometeré errores, tengo un plan a prueba de errores para desviar estas piezas antes de que ellas lleguen a esta nueva monstruosidad que ellos llaman museo. Es una pena que no haya más coleccionistas tan ilustrados y generosos como usted mi estimado colega.”

Connie miró a Roman sorprendida. ¡Despry era un ladrón! Sin dudas ella tenía un mal presentimiento de él. Roman llevó sus dedos a los labios y le dijo que se quedara quieta. Él se trepó en una pila de escombros que estaba tirados cerca de la ventana y escuchó a Despry comenzar a hablar de nuevo.

“¿Mi plan? Implementaré los cambios yo mismo esta vez. Vuelo a Perú mañana al atardecer. Acabo de enviar a un joven estudiante de postgrado para vigilar el envío de las piezas. Él es bastante capaz y empacará las piezas cuidadosamente, en una sola caja y hará todos los arreglos y papeleos para el transporte. Su firma estará en todos los documentos y no habrá forma de seguir los objetos perdidos hacia mí. Lástima. Él es tan animoso y entusiasta. ¡Después de

que pierda el más grande descubrimiento en la historia, nunca será contratado de nuevo por otro museo!”

Una malvada risa llenó el aire y traspasó a los dos adolescentes con temor. “Usted puede estar seguro que el material lo recibirá tan pronto como transfiera la cantidad de siete dígitos acordados a mi cuenta en las islas Caimán.”

Roman se sacudió con miedo y su pesada mochila se balanceó hacia un lado. Su pie resbaló cuando un bloque se movió y él se cayó al suelo haciendo un pequeño ruido. Roman se paró de inmediato, agarró la mano de Connie, y la jaló detrás de un gran bote de basura justo cuando una puerta de las oficinas se abrió, balanceándose hacia el callejón. Despry, con su teléfono celular todavía en su oído revisó el callejón y luego cerró la puerta rápidamente.

El corazón de Connie estaba retumbando en sus oídos mientras ella agarraba el brazo de Roman con miedo. “¿Qué vamos a hacer?” Connie susurró. “No podemos dejar que Despry destruya la reputación de Roberto.”

“Esto es mucho más serio que eso, Connie. No podemos dejar que Despry robe las reliquias indígenas y las venda a inescrupulosos coleccionistas. Esas cosas valen millones y pertenecen al museo. De alguna manera tenemos que avisarle a Roberto,” respondió Roman en voz baja.

“La única manera es encontrarlo antes que Despry llegue a Perú. Pero él está en el avión ahora mismo y no sabemos hacia qué lugar en Perú Roberto va.”

“Pero lo que sí sabemos es dónde él estará—dónde es la excavación Paloma. Lo único que necesitamos son las coordenadas.” Roman comenzó a pulsar botones en su pequeño teclado pegado a su mochila. Una pequeña pantalla retransmitió la información del BPC: las coordenadas de Paloma, Perú.

“Roman, ¿no deberíamos contarle a alguien adónde vamos? ¿No es eso la regla del club desde que K.T. se perdió en Ucrania aquella vez?” La preocupación de Connie se reflejaba en su tono de voz y en la forma en que se continuaba alisando su largo y oscuro cabello. Aunque Connie ya había estado en su primer viaje usando el BPC, ella todavía no se sentía cómoda con las tiempo/lugar capacidades del BPC. La computadora de mochila fue invento de su padre que Roman había prestado y mejorado en secreto para el uso de sus mejores amigos.

“Mira, es el comienzo de las vacaciones de primavera. Summer y Travis se han ido a la costa. K.T. está esquiando y la familia de Jace está en Disney World. Eso nos deja solos. Estaba aburrido de no hacer nada por estas cortas vacaciones de primavera, pero quizás hubo una razón. Quizás se suponía que fuéramos al Perú.” Sus ojos reflejaban la emoción de una nueva aventura.

“Una cosa es por seguro. No podemos ser vistos aquí,” repitió Connie tomando las manos de su hermano. “Dirige el camino, hermano.”

“Vámonos.”

Un remolino de colores envió a los hermanos fuera del callejón en un instante. Despry abrió la puerta de nuevo, esta vez sin su celular. Pero todo lo que vió fue polvo, levantado como una vela por un soplo de viento, mezclándose con los escombros.

Connie apretó la mano de Roman mientras ellos estaban tiritando en una colina dando de cara al oeste hacia la puesta de sol. Ante ellos estaba un mosaico de escenas contrastantes. Hacia el norte se veían colinas empinadas cubiertas con suburbios que conducían a las titilantes

luces y los edificios altos de la ciudad. En el sur, había brillantes y blancas dunas que se estiraban en el profundo azul del océano rasgado con olas blancas y punteado con los botes pesqueros. Directo en frente de ellos, estaba un sitio arqueológico que se parecía un hormiguero, el cual perdió su capa superior. Como enjambres de pequeños oscuros insectos, la gente se movía de punto a punto e incluso profundo dentro de la montaña.

Detrás de ellos, dominaban montañas áridas con picos cafés colocando barreras a las blancas montañas nevadas más altas como implorando algo de humedad para ellas. En lo más profundo, un río corría debajo de los precipicios, ensanchándose gentilmente con pendientes hasta que llegaba a la orilla. Derramando su fresca agua dentro de las profundidades salinas. A lo largo de las orillas del río, Connie pudo ver las verdes márgenes de los campos que crecían con la ayuda de irrigadores en lo que parecía ser un desierto costero.

“¡Pensé que en la América del sur hacía calor! ¿Por qué tengo frío?” preguntó Connie. Entonces ella revisó la temperatura en su teclado: 18 grados Celsius.

“La altitud. Y es casi de noche cerca de la costa del Pacífico. Marzo es primavera en Texas, pero es otoño en Perú. Vamos, tenemos que encontrar un refugio para la noche.” Roman comenzó a descender por un camino que parecía un sendero de animales. Había excremento de animales en las rocas y el corto pasto.

“¿Piensas que animales salvajes hicieron este camino?” preguntó Connie. Ella estaba tratando de recordar qué animales salvajes son originarios del Perú, pero todo lo que podía imaginar era su conejillo que todavía estaba en su casa en Texas.

“Probablemente cabras, ovejas, o llamas. Eso no parece excremento de ganado. No te preocupes, encontraremos un lugar para dormir antes que un gato salvaje nos ataque.”

“¿Qué? ¿Gatos salvajes? ¿Me estás tomando el pelo, Roman?”

“¡Chusss! ¡Escucha!” ordenó Roman. Se paró de repente y agarró el brazo de Connie, acercándole hacia él.

“¡Déjame Roman! ¡No me asustes ya!” protestó Connie, liberando su brazo y resbalándose un poquito en las piedras del camino.

“No, no, en verdad Connie. Escuché alguien cantando. ¡Escucha!” Roman dijo entres dientes. Una expresión de intensa concentración frunció su frente mientras él se inclinaba un poco hacia delante. Connie se paralizó tratando de ver al otro lado de una roca grande que se escondía el camino en frente de ellos. El sonido de un muchacho cantando suavemente parecía venir del otro lado de la gran roca.

“¿Qué es lo que está diciendo? ¿Eso no es español, verdad?” susurró Connie.

“No, eso debe de ser una lengua indígena. Me pregunto si el traductor del BPC podrá decifrarlo. Necesitamos probarlo. Necesitamos encontrar a alguien que nos ayude.”

Roman y Connie rodearon la roca y encontraron a un muchacho casi de su misma edad sentado en un saliente, mirando la puesta de sol en el océano. Él tenía la piel morena y unos ojos oscuros y redondos, piernas delgadas y unos brazos que sujetaban un poncho coloreado, tejido con figuras geométricas que dibujaban montañas. Un gorro de lana, con una bola que colgaba de él, cubría su pelo negro y tosco. Si él estaba sorprendido de ver a dos personas con vestidos extraños bajando del sendero, lo disimulaba. Él parecía estar calmado mientras cantaba la última estrofa en el anochecer.

“¿Hablas español?” preguntó Roman.

“Sí,” respondió el muchacho. “Pero hablo quechua en casa.”

Roman miró a Connie y movió la cabeza, “Funciona.” Parecía que el traductor pudo manejar las dos lenguas más populares del Perú.

“Hola. Soy Connie. ¿Cómo te llamas?” preguntó Connie, extendiendo la mano. El muchacho le dio rápidamente la mano y dijo “Miguel Quespe. ¿Están ustedes con los americanos en Paloma? ¿O están perdidos?”

Roman soltó una pequeña risa. “¿Parecemos tan fuera de lugar? Me llamo Roman. Soy el hermano mayor de Connie. Estamos perdidos y necesitamos un lugar donde pasar la noche. ¿Nos podrás ayudar?”

“Con mucho gusto. Mi casa no está muy lejos de aquí. Acabo de terminar de recoger estiércol seco para el fuego. Paré para orar por este maravilloso día. Me encanta la puesta del sol en el mar.”

“¿Lo que estabas cantando era una oración? Sonaba bien tranquilizadora.” Connie notó algo raro en el ambiente. Algo cerca de Miguel inspiraba confianza y calma. Aunque sus manos y pies estaban cubiertos de suciedad, su cabeza no estaba inclinada. Sus dientes podrían estar manchados, pero su sonrisa era amigable y amplia. En la distancia miles de campamentos en frente de ranchos hechos de estaño y barro llenaban el ambiente con un olor de hambre. Grises trazos de humo tejían un ambiente de pobreza alrededor del cielo nocturno. A pesar de esto, Miguel se concentraba en la brillante puesta del sol del Pacífico y estaba agradecido incluso por este solo día. Connie estaba contenta de haber conocido a Miguel.

“Una oración, una canción, en mi aldea todo es lo mismo. Pero mi aldea está muy lejos de aquí, así que yo sueño con el océano. Algún día probaré sus frías aguas. Mi padre dice que son saladas y no son buenas para beber como los ríos y la nieve de las montañas de mi aldea.”

“¿Quieres decir que nunca has ido a la costa? No está muy lejos. ¿Por qué no vas?” Roman no podía creer que Miguel no haya pisado más allá del pie de las montañas.

“Tengo que atender las ovejas y cuidar de mi mamá y mis hermanas mientras mi papá y mis hermanos trabajan con los americanos en la exploración de Paloma. Ellos tienen que cavar y trabajar largas jornadas, nadie puede descansar en Paloma. Por eso, no he tenido la oportunidad de viajar.”

“¿Por qué trabajan tan duro ellos?” Roman se preguntaba. Él podía ver luces sobre las ruinas mientras los hombres continuaban tabajando durante toda la noche.

“Ellos están urgidos de terminar antes de que entre el invierno que es cuando las fuertes lluvias comienzan. Además, ellos pueden hacer más dinero, alrededor de 250 nuevos soles cada mes. Eso es más de lo que hacen labrando la tierra en nuestras montañas. Nosotros nos mudamos aquí el año pasado para reemplazar los trabajadores anteriores que regresaron a nuestras aldeas. Tuvimos suerte de encontrar una casa abandonada con un establo para nuestras tres ovejas. Ellas nos dan leche, lana, y corderos para intercambiar. Nosotros lo estamos pasando bien.”

Miguel hablaba mientras los guiaba por el camino hacia su casa que quedaba varios cientos de metros al borde de los suburbios. Una pequeña cerca separaba una pequeña area que servía como establo para las ovejas detrás de una choza de adobe y con un techo de paja hecho con las hojas de las palmeras. Partes de los muros se habían quebrado, especialmente en las esquinas y los bordes bajos. Paja fue pegada para cubrir esas grietas.

Connie volteó hacia Roman y murmuró, “Tan pobre serán la gente del campo si esto se considera una mejora.”

Roman encogió los hombros y siguió a Miguel hacia su casa. Miguel les presentó a su mamá, una pequeña mujer con manos fuertes que estaba sentada batiendo cebada en una olla sobre un pequeño fuego. Ella añadió una pequeña cantidad de agua de una jarra de cobre que

colgaba en la puerta, espantando las moscas que entraban por la puerta principal. Miguel añadió el estiércol seco al fuego, incrementando la llama. Connie estaba pensando que tan difícil era cocinar sobre fuego. Sopa de cebada era todo lo que la familia tenía para la cena. Sin embargo, ellos les ofrecieron a los invitados una porción grande. La mamá de Miguel les sirvió a Roman y Connie primero, luego Miguel y por último a sus dos pequeñas hermanas. Solo después de que todos habían sido servidos, ella raspó la olla para servirse su propia porción.

Las dos hermanas de Miguel se sentaron silenciosamente mirando fijamente a los extraños visitantes. La más pequeña había estado enferma con diarrea y vómitos y parecía desnutrida. Ella tenía una hinchazón grande arriba de su ojo. “Solo una picadura de un insecto,” su mamá explicó, pero Connie tenía sus dudas. La niña de 5 años se sintió con fiebre cuando estrechó su mano. Entonces la niña se quedó dormida en un montón de paja que servía como cama. La mamá decía que la picadura la puso enferma y cansada, pero ella estaría mejor en unos pocos días. Eso no era nada para preocuparse. Parecía que nada preocupara a esta familia. Connie estaba sorprendida de una cultura que pudiera sobrevivir en condiciones tan duras.

Ella no estaba segura de si podría dormir en una cama de paja, pero el cansancio la superó. Roman salió pero volvió a entrar de nuevo, quejándose de los mosquitos en el suelo. Connie se preguntaba si la picadura de la pequeña niña habría sido de un mosquito. Ella trataba de usar su mochila como almohada, pero los libros y la computadora no eran muy cómodos. Ella pensaba en los hoteles y casas en la ciudad no muy lejos de allí. Mientras era llevado por el sueño, ella podía escuchar a Roman y Miguel hablar en voz baja en el otro lado de la choza. Roman estaba tratando de convencer a Miguel de ir con ellos a Paloma. Ellos necesitarían un mensajero para advertir a Roberto cuando él llegara al sitio. Connie esperaba poder contar con el duro y tranquilo Miguel para ayudarlos a deshacer el plan de Despry. De solo pensar en Despry,

le ponía los pelos de punta. Casi dormida, Connie pudo sentir realmente un cosquilleo en su cabello. ¡Ella sacudió su mano y sintió el movimiento de una antena! “¡Ah!” Connie gritó y golpeó el bicho en el suelo sucio. Ella se paró de inmediato.

“¿Qué pasa?” Roman había estado acostado entre dormido y despierto escuchando los sonidos de la noche, el correr de los roedores y el chillido de los bichos. La choza parecía viva con este ruido y estos movimientos.

“¡Es un bicho!” gritó Connie, “un bicho se estaba arrastrando en mi cabeza.” Aunque su corazón estaba golpeando y su respiración era rápida, Connie habló en voz baja. Ella no quería despertar a sus anfitriones.

Román se arrastró por la choza cargando su mochila. Él rápidamente abrió su botella de agua y bebió las últimas gotas. Cuidadosamente colocó el bicho negro dentro de la botella y la cerró. “Ahora él no te puede molestar. Trata de dormir, niña llorona, que yo te protegeré.”

“Niña llorona serás tú, machista. Pienso que deberíamos guardar el insecto. Quizás es el bicho que picó a la hermana de Miguel.” Connie tomó la botella y la acercó a la débil luz para ver lo que la había asustado.

Un bicho grande y negro parecido a un escarabajo posaba sin moverse con sus alas cruzadas y sus largas antenas temblando. No hubo forma de que Connie volviera a dormir.

“¿Nos va a ayudar a encontrar a Roberto Miguel? Sabes, no podemos dejar que Roberto nos vea.”

“Él estuvo de acuerdo el llevarnos a las ruinas y encontrarlo. Debido a que no sabemos como Despry pretende desviar el cargamento, no le pedí a Miguel más ayuda. Necesitamos analizar la situación en la mañana. Realmente no está muy lejos. Vamos a sentarnos espalda con espalda. Podemos utilizar mi camiseta del gimnasio para cubrirnos las cabezas. Guardaré

nuestro pequeño amigo en mi mochila por ahora,” dijo Roman, poniendo la botella en la mochila. Román y Connie se recostaron el uno con el otro y lograron dormir sentados con una camiseta cubriéndoles las cabezas por las tres horas que faltaban para la madrugada.

En la mañana, después de caminar por una hora cuesta abajo por un sendero, Román, Connie, y Miguel llegaron a las Ruinas de Paloma. Los tres jóvenes se agacharon detrás de un grupo de palmeras. El sonido del océano estaba sobre ellos, venía con una fresca y misteriosa brisa. Miguel señaló a su papá sentado a la sombra de un árbol. “Él ahora está siempre cansado y su respiración no es buena. Pensamos que quizás eran las montañas y que estaría mejor aquí en la costa. Pero esto solo lo empeoró. Mis hermanos dicen que él no puede ir al mismo ritmo que los trabajadores de la ciudad. Algunos trabajadores de Lima le llaman “Viejo” o “Abuelo.” Pero él no es tan viejo. Otros cuatro de nuestra aldea vinieron a trabajar antes que nosotros. Dos de ellos tampoco podían respirar aquí y tuvieron que regresar. Los trabajadores se alojan aquí y van a las casas solo los domingos. Mi papá está siempre cansado.”

“Pero, ¿no dijiste que ellos trabajan duro? Eso podría explicar el cansancio,” sugirió Connie. Ella pudo escuchar a un hombre gritando y volteó a ver quién era. Un joven con un cuaderno de notas regañaba a unos trabajadores mientras un taxi se acercaba al sitio. Roberto Baker, su amigo bajó del taxi. Él parecía tan cansado como el papá de Miguel. “Mira, Roman, es Roberto. Él parece como si hubiera dormido en una choza también. Oye, Miguel ¿Quién es el hombre con el cuaderno?”

“Es el capataz de Miraflores. Mi hermano dice que él cree que puede gritarle a los trabajadores del campo solo porque él vive en una casa grande y bonita. Él nunca ha recogido ni siquiera una piedra por sí mismo, pero se porta como si estuviera haciendo todo el trabajo solo cuando ve que alguien del museo está en el proyecto. Él les cuenta que los trabajadores son perezosos cuando en realidad solo están cansados de trabajar 12 horas con poco descanso y poca agua. Se supone que debería suministrar el agua que sirve la ciudad de Miraflores, pero eso cuesta mucho dinero. Mis hermanos lo han visto llenar las jarras de agua de las tuberías de irrigación cerca de la autopista que conduce a Lima. Es toda la agua que ellos tienen.”

“¿Puedes contárselo a alguien? Eso no es justo,” sugirió Roman.

Miguel solo asintió con la cabeza y cambió de tema. “¿Qué es lo que ustedes quieren que le cuente a su amigo?”

“Bien, primero necesitamos saber qué es lo que Roberto está haciendo. Luego podemos entender la manera en que Despry intenta robar el cargamento con las piezas.”

Connie miró a Roman como preguntarle “¿Qué es lo que acabas de decirle a Miguel?” Roman le respondió a la pregunta nunca hecha de su hermana. “Le dije a Miguel todo.” Miguel miró esa calmada sonrisa de Connie, “No se preocupen, no quiero que los tesoros de mis ancestros sean vendidos al mejor postor. Quiero que su amigo Roberto y los que trabajan en el museo los estudien y compartan con el resto del mundo los conocimientos encontrados. Parecido al Museo Pachacamac, de allá,” él agregó, señalando a una pirámide de punta plana apenas visible a la distancia cerca de la ciudad. Escuché a mi hermano hablar de un viaje que ellos hicieron al Museo Pachacamac. Incluso el más pobre y perezoso campesino puede visitar al museo gratis y ver cosas maravillosas y hermosas. Pachacamac fue una vez un templo

espiritual para mis ancestros. De nuevo levanta el espíritu del Perú. Por eso es que estuve de acuerdo en ayudarlos.” Y diciendo eso, él se fue hacia la tienda en que se metió Roberto.

“Buena suerte y ten cuidado,” Roman y Connie le dijeron. Luego se sentaron a esperar a Despry.

El sol ya había salido y se movía hacia el horizonte cuanto otro taxi se acercó al lugar. Despry parecía desdoblar sus brazos y piernas del taxi como una araña. Él miró todo el lugar, sin hacer caso a los trabajadores y el capataz. Su mirada terminó en la cabaña donde Roberto había estado todo el día organizando los documentos para el cargamento.

Él se dirigió a la tienda pero ellos pudieron oír su chiollona voz dar órdenes antes que desapareciera dentro de ella.

Miguel no había regresado, aunque Roman y Connie lo habían visto ir de la tienda a los bordes del campamento, siempre manteniéndose a distancia prudente de donde sus hermanos y padre estaban trabajando. Él estaba dentro de la tienda cuando Despry entró. Roman y Connie se miraban desesperados preguntándose si deberían enfrentar a Despry y hablar con Roberto o permanecer escondidos. Todo el día habían esperado con paciencia, sabiendo que Miguel les avisaría cuando fuera el tiempo oportuno. Ahora parecía que fuera demasiado tarde para descubrir los planes de Despry, cualesquiera que fueran. Una camioneta de empresa peruana de correo llegó a la tienda; Roberto puso una pequeña caja de cartón en la camioneta. Ellos miraban mientras Miguel ayudaba a Roberto a cargar más cajas sonriendo con él, parecía no estar preocupado por dejar a Despry solo en la tienda.

Finalmente, Despry cargó una caja grande de madera marcada “Frágil” hacia la camioneta y la colocó cuidadosamente en la parte trasera. Entonces, él mandó a Roberto traer la última caja de madera, muy parecida a la que él había acabado de llevar excepto que ésta decía

“Libros” y fue colocada en el frente de la camioneta. Despry habló en privado con el conductor y luego se subió a la camioneta para escoltarla personalmente al aeropuerto. En una nube de polvo, el camión salió con rumbo al aeropuerto.

Connie pudo sentir lágrimas en sus ojos mientras Roman apretaba sus dientes. De repente ellos sintieron pasos acercándose, corriendo hacia ellos.

“Hola amigos, lo siento por tardar tanto en regresar,” Miguel los saludó con una gran sonrisa. “Su amigo Roberto es muy buena persona. Mucho más que el capataz o el Sr. Despry. Fue difícil no visitar a mis hermanos o a mi papá, pero pronto los veré por un largo rato.”

La cara cansada de Miguel, mojada de sudor y sucia por el polvo, fue iluminada con una gran sonrisa. La tranquilidad irradió de su cuerpo delgado como una aura suave.

“¿Dónde has estado? ¿Qué pasa allá abajo? ¿Por qué no viniste por nosotros?” Connie y Roman llenaron con preguntas a Miguel, brincando impacientemente.

Miguel tranquilamente se sentó y se recostó en las palmeras. “¿Tienen agua en sus mochilas?” fue todo lo que preguntó. Los dos sacaron las botellas de agua e impacientemente se las ofrecieron a Miguel. Él tomó la de Connie y se la bebió de un solo sorbo.

“Oh, lo olvidé. Capturamos ese bicho anoche,” explicó Roman.

“Vinchuca, el bicho besador. Ellos viven en las paredes y salen a picar a la gente en la noche. Algunos los llaman asesinos porque su picadura duele.”

“Mira, no me importa el estúpido bicho. ¿Qué pasó allá abajo hoy?” Roman no podía aguantar su impaciencia y ansiedad.

“Está bien mi amigo, siéntate y descansa que te voy a contar todo lo que pasó. Las reliquias están a salvo. He visto bellezas del pasado que tocaron mi alma.”

Connie y Roman se desplomaron en el suelo como dos globos desinflados. Ellos se sentaron hipnotizados mientras Miguel les contaba qué había pasado ese día.

“Cuando llegué a la tienda, me presenté a Roberto y le dije que estaba allí para ayudarlo a arreglar el embarque. Él me permitió ver las esculturas que se estimaban que tenían casi 6000 años. Incluso me dejó tocar una.” La voz de Miguel se llenó de asombro.

Connie miraba los ojos de Miguel llenarse de lágrimas mientras describía los delicados trazos hechos por un artista miles de años atrás. No cabe duda que Miguel tuvo un viaje al pasado. Él estaba asombrado del descubrimiento y quería pasar más tiempo con ello. Miguel secó sus ojos y continuó con la historia. “Él estaba colocando las reliquias más antiguas en una caja como se lo había dicho Despry. También dijo que el señor Despry le había dicho que esperaba a colocar las etiquetas de las cajas hasta que él llegara hoy. Ustedes lo vieron llegar, ¿verdad?”

Roman y Connie aintieron con la cabeza. Miguel continuó, “Sí, yo sabía que ustedes estaban viendo, pero ya había hecho un plan. Roberto me mantuvo ocupado todo el día, por eso no tuve la oportunidad de venir a hablar con ustedes. Encontré otra caja de madera idéntica a las demás que ya tenían cosas. Marqué ésta y la cambié con la de las reliquias. Escondí la caja con las reliquias detrás de un montón de cajas vacías al fondo de la tienda. Roberto no supo que yo había hecho el cambio; incluso él no notó la diferencia. Cuando el señor Despry entró en la tienda, le dijo a Roberto que personalmente pondría las identificaciones a las cajas y mandaría la información. Nosotros continuamos cargando las cajas. Mirando de reojo, yo vi a Depry colocar la etiqueta de “libros” a las caja que él creía contenían las reliquias y a las otras que estaban para ser entregados directo a su casa. Él cree que va a recibir las reliquias en su casa,” Miguel terminó con una risa.

“Bien ¿Qué es lo que va a recibir? ¿Qué es lo que pusiste en las cajas?” preguntó Roman, que ahora estaba riendo también.

“Algunos regalos de Perú. Piedras y más piedras,” Miguel rió disimuladamente “y estiércol de oveja.”

Ahora los tres muchachos no pudieron aguantar más la risa. La tensión del día se mezcló con los ríos de lágrimas y las carcajadas.

“¡Lo hiciste muy bien, Miguel, gracias! ¡Me disculpo por haber dudado de ti!” exclamó Roman.

“Sí, te debemos un favor muy grande, amigo,” añadió Connie.

“Bueno, la parte más difícil será hacer llegar las reliquias verdaderas al nuevo museo.”

“Creo tener una solución para eso. Si podemos entrar a la tienda, Connie y yo las podemos llevar de regreso con nosotros. Pero tendremos que esperar hasta el anochecer. Y que Roberto salga.”

“Entonces, disfrutamos de otra puesta del sol sobre el Pacífico antes de que regresen ustedes,” replicó Miguel, y volteó a mirar los rayos del sol reflejarse sobre las brillantes olas.

Pronto el lugar cambió al ritmo de la tranquila noche y Roman observó que Roberto y el capataz tomaban un transporte junto a Lima. Debido a que era sábado, los trabajadores salieron a sus casas en las montañas. Solo un guardia solitario fue puesto en el camino.

Los tres amigos caminaron suavemente y en silencio hacia la tienda. Roman ya le había explicado a Miguel que ellos podían utilizar sus mochilas para viajar. Como todo lo demás, él aceptó lo como un hecho sin preguntas y les deseó un buen viaje de regreso. Ellos entraron a la tienda y Roman sacó la caja del montón de cajas vacías. Él gentilmente tocó la parte superior y hizo una pequeña oración por un viaje seguro.

Miguel le estrechó la mano de Roman y le dio a Connie un suave abrazo. Roman tecleó las coordenadas de museo. Habían decidido que lo más seguro era llevar la caja al museo directo a la oficina de Roberto donde ellos pudieran esconderla.

Agarrando la pesada caja entre ellos, Connie y Roman pulsaron “control,” “alt,” “borrar,” y “casa” y fueron envueltos en un remolino de colores vivos que los transportó inmediatamente al museo. Sus nudillos estaban blancos por el peso de la caja.

Con la iluminación de la deslumbrante luz, ellos pararon en la pequeña oficina de Roberto con las reliquias a salvo entre ellos.

“¡Ustedes no van a creer lo que pasó ayer!” exclamó Roberto, saludando sus dos jóvenes amigos mientras ellos entraban en su nueva oficina. Era lunes durante las vacaciones de primavera, un día después de que Roberto había regresado del Perú. Él los había llamado desde el museo por la mañana para invitarlos a escuchar sus buenas noticias.

“¿Qué pasa Roberto? ¿Cómo estuvo su viaje?” Roman preguntó mientras intercambiaba miradas con Connie.

“Bueno, primero que todo, cuando llegué a casa, fui un momento al museo y encontré que la caja con las reliquias ya había llegado a mi oficina. Debió de haber sido entregado por la mañana el domingo. Fue extraño porque los documentos y la etiqueta habían sido despegados de la caja. Fue como si solo hubiera aparecido aquí. ¡Increíble!”

“¡Wow, eso es increíble!” dijo Connie.

“Entonces, recibí esta llamada de Despry acerca de tener que regresar inmediatamente al Perú porque las reliquias se habían perdido, y le conté que no estaban perdidas, que yo ya las tenía y había empezado a clasificarlas y documentar el cargamento. Él empezó a hablar algo acerca de piedras y estiércol de oveja. ¡Realmente extraño!”

“Realmente extraño para mi,” respondió Roman, sonriendo disimuladamente.

“Es más extraño todavía, él volvió a llamar anoche diciendo que tenía que renunciar porque tenía que viajar a algún lugar muy rápido. O sea que es mi responsabilidad tener el museo listo para abrirlo al público. ¿Qué les parece ayudarme durante las vacaciones?”

“Bien, eso sería grandioso,” respondió Roman.

“¿Podemos ver las reliquias?” preguntó Connie. “Espere, tenemos una pregunta.” Connie sacó la botella de agua con el insecto de su mochila. “Sé que usted es antropólogo, no un científico de insectos...”

“Entomólogo,” dijo Roberto.

“Sí, lo que sea, pero ¿sabe usted que clase de bicho es este? Es un “bicho besador” o algo?” Connie le mostró la botella a Roberto que miraba fijamente el insecto.

“Me hablaron de ese insecto en mi primer viaje a Perú, pero nunca vi ninguno. En Lima, se llama “el bicho besador” o “el bicho asesino” o el chupador de sangre. Es un reduviid y un huésped para la transmisión de la enfermedad Chagas.”

“¿Qué es un huésped?” preguntó Connie.

“Un huésped es un organismo que transmite un patógeno. Por ejemplo, en este caso, el bicho reduviid tiene un parásito viviente dentro de él llamado *Trypanosoma cruzi*, o *T. cruzi*. Este bicho pica un mamífero, un humano, un perro, o una rata para beber su sangre.”

Connie hizo un mueca y preguntó “¿Entonces él deja *T. cruzi* cuando pica?”

“No exactamente, él deja excremento en la picada y el T. cruzi está en la materia fecal.”

“¡Oh, usted quiere decir...qué asco!” Connie replicó.

“¿Qué significa la enfermedad Chagas?” preguntó Roman.

“Primero, uno empieza a sudar, tener vómitos y diarrea, fatiga, algunas personas incluso no saben que fueron picadas. Pero las pulgas de Chagas se hospedan hasta por veinte años sin síntomas. Mientras tanto, el daño está siendo hecho al corazón y otros órganos internos. Algunas personas se cansan con facilidad o respiran con dificultad. No hay cura para eso, pero hay campañas para erradicarlas de América del Sur. Todavía, el bicho y el patógeno son parte del amplio eco-sistema.”

Connie y Roman se quedaron en silencio. Connie miró al bicho en la botella y recordó a Miguel, su hermana, y su papá. ¿Fue eso una coincidencia?

Roman tomó la botella de Roberto y miró fijamente al brillante insecto negro. Era difícil imaginar muerte y enfermedades guardadas aquí en este brillante y nuevo museo, pero no en una choza en las montañas del Perú....

“Normalmente no son encontrados en Texas. ¿Dónde lo encontraron? ¿No fue en su casa, verdad?” Roberto les preguntó a los dos.

Roman tragó saliva antes de contestar. “No, fue en la casa de un buen amigo.”